



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

Enero - Febrero 2025

Índice n° 1/2025

2	El ABC del cristiano	<i>W. Gschwind</i>
10	Hacer justicia y juicio	<i>según A. Zöfelt</i>
11	Hablar con precipitación	<i>W.J. Hocking</i>
13	El Evangelio de la gloria	<i>N. Anderson</i>
18	¿A qué olemos?	<i>Der Herr ist nahe</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 8 del n° 6/2024)

Imitar y servir

Las buenas obras

“Que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras” (Tito 3:8).

Un error con graves consecuencias

Una gran parte del cristianismo enseña que el hombre debe contribuir con sus obras para obtener de Dios su justificación. Se dice que son necesarias para ser **cada vez más justo** (!) ante Dios. Se proclama que las buenas obras son el medio para **ganar** la salvación eterna. La obra de Jesús en la cruz, según piensan, dio al hombre esta posibilidad.

Este error, cargado de consecuencias, ha echado raíces en muchos corazones humanos. Encuentra un lugar especial en la tendencia natural del corazón a adquirir su propia justicia. «Así tengo la oportunidad de **mejorar** como persona y llegar a ser **más santo** por mis buenas obras». Esto es lo que piensa mucha gente.

Pero desconocen varias cosas:

— Primeramente, el hombre debe participar “de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4) para poder hacer obras que Dios pueda aprobar.

— Solo por medio de la fe, y **no por obras**, el creyente en Jesucristo deja su condición de pecador ante Dios para ser una persona justa, habiendo sido hecho perfecto en Cristo.

— El verdadero crecimiento consiste en conocer más y más la maravillosa salvación que **Dios nos ha dado** en Cristo, y en dejar que desarrolle sus efectos en nuestra vida.

— El hombre nunca podrá mejorar su naturaleza pecaminosa, la “carne”, ni perfeccionarla.

Sin embargo, ¡cuántas personas se consumen en su interior preocupándose por la salvación de sus almas, llevándolas a una incesante actividad buscando la justificación por sus obras! Se imponen una disciplina rigurosa, practican obras de amor al prójimo, se dedican al cuidado de los enfermos y dan sus bienes a los pobres. Hasta su celo nos confunde a veces.

Un descanso

Por otro lado, hay cristianos mejor instruidos. Saben por la Palabra de Dios que el Evangelio declara al hombre muerto en sus delitos y pecados, incapaz de hacer el bien (véase Efesios 2:1, 5). Saben que **no** han sido salvados **por obras** de justicia (véase Tito 3:5), sino “por gracia... por medio de la fe” (Efesios 2:8). Son conscientes de su perfecta posición en Cristo y confían en la obra plenamente eficaz de Jesucristo en la cruz.

Lamentablemente, desaparece a veces la motivación para realizar

buenas obras. Y como resultado, algunos de ellos se toman un descanso, mostrando poco interés y aplicación por cualquier actividad que vaya más allá de los límites de sus propios intereses.

¿Qué son las “buenas obras”?

Una obra es el fruto de una actividad o de un trabajo. La Escritura habla de “obras muertas” (Hebreos 6:1), “obras infructuosas de las tinieblas” (Efesios 5:11), “obras de la carne” (Gálatas 5:19), “malas obras” (Colosenses 1:21), pero también de “buenas obras” (Efesios 2:10), según sean fruto de una actividad de la “carne” o de una actividad “en el Espíritu” (Gálatas 5:16-26). Las buenas obras son las que se hacen para la gloria de Dios y del Señor. Pueden ser para el bien de los hijos de Dios o el de los hombres en general (1 Corintios 10:31; Mateo 26:10; Hechos 9:36, 39; Tito 3:1, 8, 14).

¿Y los creyentes no tienen motivos para hacer tales obras?

Ciertamente los tienen. ¿Cuáles son entonces?

1) “Somos hechura suya (de Dios), **creados** en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:10).

2) “Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para... purificar para sí **un pueblo propio, celoso de buenas obras**” (Tito 2:13-14). (En la epístola a Tito, como en las

dirigidas a Timoteo, se habla mucho de “buenas obras” en el verdadero sentido de la Palabra).

3) Según las enseñanzas de la epístola de Santiago, la fe viva y salvadora debe manifestarse con obras: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras?... Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:14, 17).

4) En la primera epístola de Juan leemos además que la vida eterna estaba con el Padre, y nos fue manifestada en la persona de su Hijo. Por la fe poseemos esta vida que viene de Dios. Ahora bien, la vida implica actividad. Por tanto, esta vida divina debe manifestarse mediante sentimientos y obras que correspondan a la naturaleza de Dios.

5) Dios nos ha dado espíritu de “poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7).

¿Podemos mostrarnos indiferentes ante esto? ¿Puede alguien permitirse el lujo de quedarse de brazos cruzados cuando hay “buenas obras” por hacer? Si es así, algo anda mal en el corazón. ¿Estará endurecido “por el engaño del pecado” (Hebreos 2:13)?

Un creyente que vive en comunión con Dios no puede aspirar a otra cosa que a vivir para Su gloria, ya que le debe toda su felicidad. A partir de entonces, las obras que realice ya no serán para su propia salvación o gloria, sino para Dios y sus intereses.

Un joven cristiano había sufrido una gran decepción, y el desánimo se había apoderado de él. Toda su vida parecía ahora carecer de sentido. Después de pasar unos días en este estado, le vino como un rayo el siguiente pensamiento: «¡Puedes hacer algo para Dios!» Esto le infundió valor y celo, y fue entonces cuando verdaderamente tomó conciencia del sentido de su vida.

¿Qué obras debo hacer?

Esta es la primordial pregunta a la que solo el Señor puede responder. Consultémosle siempre en constante dependencia: “¿Qué haré, Señor?” (Hechos 22:10).

A este respecto, nos gustaría llamar la atención sobre los siguientes puntos:

1. Mi vida de cada día

Todo lo que hagamos, tanto en el ámbito laboral como en el cotidiano, como por ejemplo «comer y beber», estamos llamados a hacerlo **“de corazón, como para el Señor** y no para los hombres” (Colosenses 3:23), a lo largo de toda nuestra vida. El Señor “que ve en lo secreto” (Mateo 6:4) observará esto cuidadosamente y será glorificado.

Un granjero cepillaba con esmero su caballo. Un transeúnte le preguntó: «¿No es suficiente? Brilla como un espejo». — «Es porque deseo hacerlo por mi Salvador», fue la respuesta. — ¿No

crees que esta modesta obra fue motivo de gozo para el corazón del Señor, a diferencia de las obras que los hombres admiran?

2. Obras preparadas

De Efesios 2:10, citado anteriormente, se desprende también que Dios preparó de antemano “buenas obras... para que anduviésemos en ellas”. Conviene prestar atención a estas palabras. Hacer otras obras implicaría independencia y voluntad propia, y por tanto serían malas obras.

Así, varios siervos de Dios fueron preparados y apartados por él “desde el vientre de su madre” para un servicio particular: Sansón (Jueces 13), Isaías (Isaías 49:1), Jeremías (Jeremías 1:5), Juan el Bautista (Lucas 1:15), Pablo (Gálatas 1:15). Del mismo modo, vemos muy claramente que hombres como José, Moisés, David y otros fueron formados desde su juventud para una misión particular. Aunque no nos podamos comparar con estos notables siervos de Dios, muchos obreros del Señor pueden, sin embargo, reconocer claramente en su vida—incluso para un modesto servicio— las señales de una preparación por parte de Dios.

Oportunidades preparadas: Dios también prepara de antemano la “oportunidad” (Gálatas 6:10). Pensemos en José de Arimatea, el “hombre rico” que tenía un sepulcro nuevo labrado en la peña (Mateo 27:57, 60). Cuando este “discípulo...

secretamente” (Juan 19:38) vio a Jesús morir en la cruz, vino y entró “osadamente” (Marcos 15:43) a Pilato, pidió el cuerpo de Jesús (Lucas 23:52) y lo puso en el sepulcro. El poderoso motivo para hacerlo era el amor al Señor. Pero, ¿por qué lo puso en “su” (Mateo 27:60) sepulcro? “Por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca” (Juan 19:42). Su piedad y la de su compañero Nicodemo los guió a cumplir los mandamientos de Dios. ¡Qué asombro debió sentir José de Arimatea cuando encontró en las Escrituras las palabras pronunciadas mucho antes: “Mas con los ricos fue en su muerte” (Isaías 53:9)!

Mantengamos constantemente los ojos abiertos para discernir las “obras... (preparadas) de antemano”. A menudo, ¡una oportunidad dada por Él y bien aprovechada (véase Efesios 5:16) por nosotros, tiene consecuencias para nuestro camino a largo plazo!

3. Preparación para las “buenas obras”

Los jóvenes deben tener en cuenta que esta etapa de su vida es un tiempo de preparación para el servicio posterior, ya sea en secreto o en público. Para ello, la mejor formación es el estudio cuidadoso de la Palabra de Dios, en dependencia y oración: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para

instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, **enteramente preparado para toda buena obra**” (2 Timoteo 3:16-17).

Por ejemplo, muchos se han arrepentido de que su escaso conocimiento en idiomas fuera un obstáculo para el servicio. «¡Ah, si hubiera aprovechado mejor mi tiempo en este y otros ámbitos!», suspiran más de uno.

4. Las oraciones

El apóstol escribió a Timoteo: “Exhorto **ante todo**, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres” (1 Timoteo 2:1). ¿Qué hacemos “ante todo”, ante cualquier otra actividad, ante cualquier otro trabajo? ¿**Oramos**?

Nuestras oraciones son la medida de nuestra dependencia de Dios. Son obras de fe extremadamente útiles, y conducen a otras acciones. Llevan nuestras vidas a la presencia de Dios y traen su bendición sobre nosotros y varios más. Por lo tanto, ¡pasemos mucho tiempo en oración!

5. Interés por los hombres

Todos los hombres deben ser objeto de nuestra oración, de nuestras peticiones. “Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”

(1 Timoteo 2:3-4). ¡Qué vasto campo de actividad se abre ante nuestros ojos! Si ponemos en práctica esta exhortación, nuestro interés por las personas se hará más profundo, empezando por las que están cerca, y extendiéndose a las que están en tierras lejanas y de las que oímos hablar en los informes sobre la labor misionera. ¿No aprovecharemos entonces con gusto las oportunidades para difundir el Evangelio y la verdad, y ayudar a la distribución de folletos y tratados? ¡Esforcémonos en ser los primeros en ocuparnos “en buenas obras” (Tito 3:8)!

Nuestro servicio y los requisitos para ejercerlo

En la primera epístola a los Tesalonicenses se nos habla de tres cosas que caracterizaban a estos recién convertidos:

— se habían convertido “de los ídolos a Dios”;

— “para servir al Dios vivo y verdadero”;

— “y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:9-10).

Cada uno de nosotros debería examinarse a sí mismo para ver si podemos decir lo mismo. De faltarnos alguna de estas tres cosas, nuestra vida cristiana es deficiente. O bien nuestro crecimiento espiritual no ha sido normal desde el principio, o se ha interrumpido en algún momento.

Cuando éramos inconversos, también teníamos nuestros ídolos. Puede que no fueran de madera o de piedra, pero se asentaron en nuestros corazones y ocuparon **el lugar que le corresponde a Dios**. Nuestros afectos, nuestras vidas, nuestro tiempo y nuestras fuerzas le pertenecen. Para uno, era el deporte, el coche, el placer de viajar. Para otro, una persona cualquiera, los amigos, el socializar. Para un tercero, su profesión, el arte, la ciencia. Y en medio de todo esto estaba el imponente «yo», el ídolo principal al que rendíamos homenaje cada día.

Cuando la Palabra de Dios llegó a nuestros corazones, cuando su luz iluminó nuestra conciencia y vimos nuestras vidas, cuando entendimos el Evangelio y fuimos atraídos hacia Jesucristo, se produjo nuestra conversión.

Pero fijémonos en que los tesalonicenses, cuando se convirtieron, **se apartaron de los ídolos** y se volvieron a Dios. Si no rompemos claramente con todas las personas y cosas que ocupaban el lugar de Dios en nuestros corazones, seguiremos siendo infantes espirituales, atrofiados en nuestro desarrollo y necesitados de leche, incapaces de servir a Dios hasta que no eliminemos nuestros ídolos de manera radical. No seamos como los que, al convertirse, dejan el mundo «al por mayor» pero, con el tiempo, lo vuelven a adoptar «al detalle o por menor».

Si el Espíritu Santo, a través de este pasaje de la Palabra, pone el dedo en la llaga de su cristianismo, ¡no se aparte! Su paz, su alegría, su salud interior están en juego. ¡Haga como Jacob, que antes de subir a Bet-el, la casa de Dios, para servirle allí, actuó con determinación y enterró para siempre los dioses ajenos que había tolerado en su casa durante tanto tiempo (Génesis 35:1-5)! ¿O quiere comprometer su vida actual, frustrar su recompensa en el tribunal de Cristo y privar a Dios de lo que le corresponde?

Preparación para el servicio

Pablo y Silas, los dos mensajeros del Evangelio, no habían permanecido mucho más de tres semanas en Tesalónica a causa de las violentas persecuciones. Pero los jóvenes creyentes de aquella ciudad, todavía inexpertos en muchos aspectos, ya habían empezado a servir al Dios vivo y verdadero. Como muertos en Cristo, ya no tenían nada que ver con sus vidas pasadas; y como resucitados con Cristo, estaban muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús (véase Romanos 6:8-11). Ahora podían vivir para Dios las veinticuatro horas del día. Ya sea que comieran, bebieran o hicieran otra cosa, todo lo podían hacer para la gloria de Dios (véase 1 Corintios 10:31). “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando

gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17). Con sus corazones llenos del amor de Dios y de su Salvador, estos nuevos conversos no necesitaban ninguna exhortación especial sobre este tema. Se habían convertido en imitadores del apóstol, en ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya, y en enérgicos testigos. La Palabra del Señor y su fe en Dios se extendieron en todo lugar (1 Tesalonicenses 1:6-8). Y esto ocurrió en los primeros meses de su vida cristiana, cuando aún eran jóvenes en la fe. ¡Cómo nos anima esto, pero también cómo nos avergüenza!

Así, la vida y el servicio a Dios pueden comenzar “desde el primer día” (compárese con Filipenses 1:5). Pero, por otra parte, podemos constatar que todos, y más aún aquel al que el Señor ha llamado para una misión en particular, deben ser preparados por él para ese servicio. Nuestra actividad exterior debe corresponder al grado de nuestra madurez interior.

Para ilustrar esto, consideremos dos etapas en la vida de Josué.

Israel había pecado contra el primer mandamiento y danzaba alrededor del becerro de oro. Entonces Moisés levantó el tabernáculo de reunión lejos, fuera del campamento; luego la columna de nube, que atestiguaba la presencia de Dios, descendió sobre él. Desde entonces, cualquiera **que buscaba a Dios** salía a este tabernáculo fuera del

campamento. “Pero el joven Josué... **nunca se apartaba de en medio del tabernáculo**” (Éxodo 33:7-11). Moisés tenía que entrar y salir del campamento para atender al pueblo. Este fue el ministerio de un experimentado siervo de Dios. Josué, en cambio, comprendió que, como joven, era mejor mantenerse apartado en el tabernáculo, en el secreto del Todopoderoso, hasta que llegara el momento de realizar su servicio. De la misma manera, es sumamente importante para todos nosotros que, separados de todo mal, estemos frecuentemente en la cercanía y la presencia de Dios. Entonces entraremos en la comunión de sus pensamientos. Allí, contemplando su amor por las almas perdidas, recibiremos siempre un nuevo impulso para difundir el Evangelio. Allí también nos prepararemos poco a poco para un servicio bueno y eficaz entre su pueblo.

En la historia de Josué hay otra enseñanza para la realización de todo servicio (Josué 1:1-9). Después de la muerte de Moisés, Josué condujo al pueblo de Israel a la tierra prometida. ¡Qué grande y seria debió parecerle esta misión! Pero Dios le aseguró: “Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé” (v. 5). Y añadió: “Solamente esfuerzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley... Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que

guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien” (v. 7-8). La Palabra de Dios es la semilla que puede germinar en el corazón de los hombres, para su conversión. Describe la salvación perfecta en Jesucristo y los resultados inconmensurables de su obra. Representa al Hijo de Dios que, en su humanidad, nos reveló a Dios y dio a conocer el nombre del Padre. Es el alimento del creyente, y arroja luz sobre su camino, así como sobre el camino colectivo de los hijos de Dios. Nos muestra los planes de Dios para el futuro. También es la espada del Espíritu contra el enemigo. La Palabra de Dios es, pues, el fundamento y la esencia de todo servicio cristiano. De ahí la necesidad de amarla desde el principio de nuestro camino en la fe, de leerla con aplicación y oración, de meditarla de día y de noche con el sincero deseo de ser **hacedor de ella** en dependencia y con la fuerza del mismo Señor. Solo quien la conoce, se nutre de ella y transmite sus enseñanzas y tesoros a los demás, es un instrumento que el Señor puede utilizar en su obra.

Un consejo para el servicio

Podemos comparar el servicio a Dios con dos círculos concéntricos. Si se ocupa de servir al hombre, ha empezado por el círculo exterior y nunca llegará al interior. Pero si sirve a Cristo, trabajará desde el

círculo interno. Si está a su lado, se encargará en primer lugar de los que están más cerca de Él. Esto es amor. Comienza con el círculo interior y llega hasta el círculo exterior, es decir, todo lo que es de Cristo en la tierra y concierne a sus intereses.

El siervo debe vencer la confianza que tiene en sí mismo

Moisés, enseñado en toda la sabiduría de los egipcios en la corte del faraón, era poderoso en palabras y obras (Hechos 7:22). ¿Fue la conciencia de esto, junto con un profundo amor por su propio pueblo oprimido, lo que le llevó a visitar a su pueblo? Ciertamente, aún no era el momento, y si Moisés se hubiera mantenido ya en aquel tiempo en la humilde dependencia de Dios, probablemente no habría matado al egipcio. Solo después de cuarenta años de preparación adicional, cuando Moisés sintió que nunca había sido hombre de fácil palabra, sino que era tardo en el habla y torpe de lengua, Dios pudo utilizarlo para salvar a su pueblo.

Antes de su negación, Pedro pensaba que su amor por el Señor era mayor que el de los demás discípulos, y dijo: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (Mateo 26:33). Pero solo después de haber fracasado tan tristemente en el patio del sumo sacerdote, y de haber experimentado la gracia que lo restauró, se le pudieron

confiar los corderos y las ovejas del Señor (véase Juan 21:15-23).

Así, todo creyente que desee servir al Señor de manera eficaz y agradable a Él, debe aprender a reconocer que en sí mismo no hay sabiduría, ni fuerza, y que no es mejor que nadie. Debe aprender a sujetar en la muerte de Cristo la carne con sus pretensiones, egoísmo y voluntad propia, para que, en constante dependencia del Señor, pueda ser un mensajero de su gracia, amor y verdad, conduciendo a las almas hacia Él.

¡Que todos nos tomemos seriamente esta exhortación: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, **creciendo** en la obra del Señor **siempre**” (1 Corintios 15:58)! Dios puede formar y utilizar como instrumento para la ejecución de sus planes de amor a cualquiera que no ame al mundo, que esté lleno de la Persona de Cristo y esté en todo momento a su disposición. Josué, por ejemplo, que iba a llevar a Israel a la tierra prometida mediante la batalla, fue formado con décadas de antelación, en el conflicto con Amalec, para esta conquista en la que todo dependía de la ayuda de lo alto. También David, el pastor de Israel, fue preparado para su posterior servicio cuando cuidaba “aquellas pocas ovejas” de su padre (1 Samuel 17:28), aunque él mismo no sabía nada de su futuro alto cargo.

Nuestra importante y hermosa tarea mientras vivamos es buscar

la gloria del Señor en este mundo, y servir sus intereses en su dependencia. Puede que los hombres lo menosprecien, pero pronto verán cómo se invierten todas las cosas. El Señor dice: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo” (Apocalipsis 22:12).

(Continuará)

Hacer justicia y juicio

“Hacer justicia y juicio es a Jehová más agradable que sacrificio” (Proverbios 21:3).

Un texto de Génesis 18 ya nos muestra cuán preciosas son estas cualidades a los ojos de Dios. La relación de intimidad que Dios tuvo con Abraham y las comunicaciones que le iba a hacer sobre el juicio de Sodoma y Gomorra se basaban en esto: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio” (v. 19).

De David, el varón conforme al corazón de Dios, se nos dice: “David administraba justicia y equidad a todo su pueblo” (2 Samuel 8:15). Y de Salomón, la reina de Sabá dio testimonio: “Porque Jehová ha amado siempre a Israel, te ha puesto por rey,

para que hagas derecho y justicia” (1 Reyes 10:9). El reinado de David, y especialmente el de Salomón, prefiguraban el reinado milenario del Señor Jesús. Jeremías anunció acerca de Él: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra” (Jeremías 23:5; véase también 33:15).

La Palabra de Dios llama así nuestra atención sobre la importancia de ser justos en nuestro comportamiento con todos aquellos con los que nos encontramos a diario, dando a cada uno lo que le corresponde. Y dado que tenemos juicios que hacer, es esencial para nuestro testimonio cristiano que sean justos, sin favoritismo y equilibrados.

Dios había enfatizado estos caracteres entre su pueblo Israel antes de que entraran en la tierra prometida. Debían establecer “jueces y oficiales” los cuales “juzgarán al pueblo con justo juicio” (Deuteronomio 16:18). El mandato de Dios fue: “No tuerzas el derecho; no hagas acepción de personas, ni tomes soborno; porque el soborno ciega los ojos de los sabios, y pervierte las palabras de los justos. La justicia, la justicia seguirás, para que vivas y heredes la tierra que Jehová tu Dios te da” (Deuteronomio 16:19-20). Estas cualidades corresponden a la naturaleza misma de Dios.

¿Cuáles son las instrucciones prácticas para nosotros que derivan de estas enseñanzas del Antiguo Testamento?

Pensemos primero en nuestra vida de pareja y de familia. ¿Estamos practicando allí lo que es justo y correcto? ¿Le estoy dando a mi cónyuge el tiempo y la atención que merece? ¿O me queda tan poco tiempo después de mi actividad profesional que lo dedico a satisfacer mis intereses personales? ¿Sabemos expresar un juicio justo cuando surge una disputa entre nuestros hijos? ¿Tenemos el mismo afecto por todos nuestros hijos? ¿O tenemos ciertas preferencias, como Isaac y Rebeca? (Génesis 25:28). La historia de esta familia, con las tristes consecuencias de las preferencias de los padres, está ahí para instruirnos (cap. 27).

¿Y en cuanto a nuestra vida de iglesia? ¿En qué medida nuestra apreciación de las cosas, cuando surgen dificultades, está influenciada por las relaciones familiares y por las amistades (incluso las justas) que existen entre nosotros? Surgió un desacuerdo entre Pablo y Bernabé con respecto a Juan, llamado Marcos, que era sobrino de Bernabé (véase Hechos 15:37-41). Las relaciones familiares pueden oscurecer la vista de los hermanos e influir negativamente en las decisiones de la iglesia.

Para algunos de nosotros, la vida profesional nos sitúa frente a

decisiones a tomar concernientes a una persona u otra. ¿Somos conocidos como aquellos que siempre actúan con justicia y rectitud? Está en juego nuestro testimonio cristiano ante nuestros colaboradores.

según A. Zöfel

Hablar con precipitación

“También le irritaron en las aguas de Meriba; y le fue mal a Moisés por causa de ellos, porque hicieron rebelar a su espíritu, y habló precipitadamente con sus labios” (Salmo 106:32-33).

Seguramente ya se ha notado una frase muy llamativa concerniente a Moisés en el capítulo 12 de Números. Nuestra atención no es atraída, en este caso, por su aptitud como conductor del pueblo de Israel, o por su sabiduría como legislador —con toda su grandeza y el honor que se desprende de ello— sino por su mansedumbre extraordinaria: “Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (v. 3).

Las circunstancias que llevaron a dar ese testimonio con respecto a Moisés fueron tales que aumentaban su valor. Ellas muestran que, en un momento de intensa provo-

cación, Moisés conservó su calma y no pecó con sus labios. Su hermano Aarón y su hermana María, impulsados por los celos, murmuraron contra él. Habían dicho: “¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?” (v. 2). A vista humana hubiese sido suficiente para ofenderlo. Durante casi 40 años, él había estado con el pueblo, guiándolo a través del desierto hasta la tierra prometida. Ahora los miembros de su familia se unían para acusarlo de imponerse. En general aceptamos menos las críticas de nuestra propia familia que de los de afuera. Y a menudo las personas dan libre curso a la ira sobre sus familias. Pero Moisés cerró su boca. Es entonces que encontramos el hermoso testimonio de su mansedumbre mencionado más arriba. Dios intervino en favor de su siervo silencioso, reprendió a Aarón y a María con severidad, y golpeó a esta última con lepra.

Poco tiempo después de este incidente, encontramos una escena en la que la conducta de Moisés contrasta extrañamente con la que acabamos de recordar. Los hijos de Israel habían llegado al desierto de Zin donde no había agua. No era una experiencia nueva para el pueblo. Durante el largo viaje a través del desierto, habían tenido muchas ocasiones de experimentar el poder y la bondad de Dios que proveía para sus necesidades.

Pero el pueblo habló contra Moisés y murmuró, e indirectamente

lo hacía contra Dios. En su maravillosa gracia, Dios dijo a Moisés que tomara la vara de Aarón que había sido puesta delante de Él y hablara a la roca para que el agua salga y satisfaga las necesidades del pueblo (Números 17:10; 20:8-9).

Moisés obedeció al principio. Tomó la vara sacerdotal del tabernáculo. Pero, ya delante de la roca, estaba en tal estado de ira que Dios tuvo que decirles más tarde: “Fuisteis rebeldes a mi mandato en el desierto de Zin” (Números 27:14). En lugar de hablarle a la roca levantó la mano y la golpeó una y dos veces. Su agitación interior, largamente contenida, se mostró en esta docena de palabras sin peso: “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?” (Números 20:10).

¿Era posible que Moisés, este hombre muy manso, se dejara llevar de esta manera a tal punto de estallar de ira después de una larga vida de paciencia ejemplar, tan poco tiempo después del brillante triunfo moral del que hemos hablado anteriormente? Sí, bien puede ser Moisés, porque la perfección absoluta se encuentra solamente en Aquel que debía venir más tarde.

Esta falta nos es relatada en las Escrituras para que tengamos cuidado de no caer en un error semejante. Fue solo unos instantes que dejó sus labios sin control, pero las palabras ardientes que pronunció estarán allí para siempre. Durante un breve momento no

tuvo cuidado, no veló, y su lengua sin freno pronunció una desdichada frase que le costó la entrada a la tierra prometida. Desde la cumbre del Pisga, Moisés pudo contemplar esa tierra de la cual fluían leche y miel, pero Dios le impidió entrar en ella (Deuteronomio 34:1-4).

Nos podría parecer que era un castigo muy severo para un error relativamente pequeño. Pero no fue una falta pequeña. Cuanto más alta sea la posición del infractor, más grave es la falta. Lo que deseo hacer resaltar es la extrema importancia de una vigilancia continua. Es lo que nos enseña esta historia. Lea atentamente lo que Santiago escribe en relación con la lengua (Santiago 3:1-12). Las palabras precipitadas pronunciadas en el enojo pueden hacer daños irreparables. Y esto sucede cuando no lo pensamos. A veces tenemos la impresión, con o sin razón, que se nos dijo una palabra hiriente, y antes que nos demos cuenta nuestra indignación se inflama, palabras inadecuadas son pronunciadas y poco después lo lamentamos. Pero el mal está hecho.

Le suplico aprender a contener la ira. Y si falló, llore sobre su mal actuar y sus faltas en la presencia de Dios. Pídale ayuda para controlar sus pasiones e impulsos naturales. Y si está encolerizado, rechace categóricamente abrir sus labios para pronunciar algo. Quédese tranquilo, por temor a hablar precipitadamente. El libro de los Proverbios nos dice: “Mas el

que refrena sus labios es prudente” (10:19); “El que ahorra sus palabras tiene sabiduría; de espíritu prudente es el hombre entendido” (17:27).

Sobre todo, ¡que “la mansedumbre y ternura de Cristo” (2 Corintios 10:1) nos sea de ejemplo! Él fue “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). Aprendamos de él.

W.J. Hocking

El Evangelio de la gloria

Introducción

La Escritura menciona el amanecer, en su esplendor y majestad (véase Salmo 19:5-6; 2 Samuel 23:4; Proverbios 4:18). Esta salida gloriosa y progresiva del sol puede servir como una ilustración de la revelación e introducción del Evangelio del que habla Pablo en Colosenses 1:23: “El evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro”. El comienzo del libro de los Hechos nos presenta el **desarrollo del carácter** del Evangelio anunciado y la **extensión de la esfera** de su predicación.

Hechos 1 se relaciona directamente con el final del evangelio de

Lucas. El Señor Jesús, resucitado de entre los muertos, cerca de ser elevado al cielo, da a sus discípulos la misión de predicar “el arrepentimiento y el perdón de pecados” (Lucas 24:47). Serán sus testigos “en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). ¡Qué gracia en su corazón! Sus mensajeros deben comenzar en el lugar donde fue crucificado. En la cruz había orado: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Ahora, de acuerdo con esta oración, el testimonio que ofrece el perdón será proclamado a aquellos que lo mataron.

Jesús ordena a sus discípulos: “Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (24:49). Luego es llevado arriba al cielo. Estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, dos varones con vestiduras blancas les anuncian que Jesús vendrá otra vez, así como le habían visto ir al cielo (Hechos 1:9-11).

Si, en este momento, sus ojos miran al cielo, la mirada de su corazón en realidad se dirige a la tierra. Su preocupación era: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (v. 6). Todavía no había llegado el tiempo, en el desarrollo del testimonio divino, para la revelación completa del Evangelio de Dios. No obstante de acuerdo con los propósitos eternos de Dios, el

hombre en la tierra debía tener un lugar **en asociación** con el Hombre de sus consejos en el cielo.

El Mesías, el Hijo de David

En Hechos 2, una Persona divina, el Espíritu Santo, desciende desde donde se encuentra el Hombre que está en el cielo para anunciar aquí abajo la revelación de su gloria allá. El testimonio del Espíritu Santo, por medio de Pedro, se dirige a los hombres de Jerusalén y Judea. Es el cumplimiento de la primera parte de la misión dada por el Cristo resucitado. La esfera del testimonio es el lugar donde Jesús fue crucificado. Y el carácter de este testimonio, al principio, es presentar al Señor Jesús como el Hijo de David, el Mesías glorioso anunciado por las Escrituras.

La función del Espíritu es siempre dar testimonio de Cristo y glorificarlo. Por medio del apóstol Pedro, el Espíritu aquí se complace en recordar la maravillosa historia que registran los evangelios. Pedro habla de la vida y el ministerio de nuestro Señor, sus obras de poder, su descenso a la muerte, su resurrección triunfante y su exaltación gloriosa (v. 22-24). Todo lo que se ha visto en el camino del Hombre perfecto en la tierra ha sido registrado por Dios como un tesoro precioso. Y hemos sido llevados a una posición en la que podemos apro-

vechar lo que el Espíritu nos enseña sobre el Señor Jesús en todo su camino, desde el nacimiento hasta la gloria.

En el mensaje de los apóstoles, todo está presentado para que la conciencia de la nación sea alcanzada (v. 33-36). Dios estaba listo para enviar a Jesús nuevamente, si la nación se hubiera arrepentido (véase Hechos 3:19-21).

Aquel a quien ellos habían crucificado, Dios lo ha resucitado de los muertos, lo ha glorificado, sentado a su diestra y lo ha hecho “Señor y Cristo” (2:36). Cuando estuvo aquí en la tierra, era verdaderamente Señor y Cristo en la gloria de su persona. El grito había resonado: “He aquí, tu Rey viene a ti”, pero ellos respondieron: “No tenemos más rey que César” (Mateo 21:5; Juan 19:15). Manos inicuas habían cometido el crimen más espantoso de la historia. Pero Dios lo había exaltado al lugar más alto. Como **Señor**, ha recibido la autoridad suprema; como **Cristo**, tiene el poder y la sabiduría perfecta para realizar todo el pensamiento de Dios para la bendición de Israel.

El Espíritu reivindica los derechos de Cristo y la gloria de su persona, e Israel es llamado a arrepentirse. ¿Y cuál es su respuesta a la presentación de un Cristo glorificado? No es diferente a la respuesta que dieron a la venida de un Cristo humilde aquí abajo.

El Hijo del Hombre

En Hechos 7, ante el concilio, Esteban describe los caminos de Dios para Israel. Llama la atención sobre varias figuras clave de la historia del pueblo. Ahora, en el poder del Espíritu, sus ojos están puestos en el cielo. Llegamos a un punto de inflexión en el desarrollo del testimonio de Dios. El cielo está abierto. No para que Cristo entre, sino para que un hombre en la tierra pueda mirar hacia arriba y considerar todo lo que hay allí. Esteban, “lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (v. 55-56).

Diferentes rayos de gloria divina habían brillado en estos notables hombres de Dios en la historia de Israel, pero ahora todos están eclipsados. Los cielos están abiertos. Hay un Hombre en la gloria. Una persona divina —el Espíritu Santo— descendió a la tierra para morar en nuestras almas y unirnos a Cristo en la gloria. El Espíritu nos dice que todos los rayos de la gloria de Dios se han reunido y concentrado en el Hombre que ha hecho sus delicias. Ahora nos pertenece mirar al cielo y ver a Cristo allí, el **Hijo del Hombre** glorificado.

El primer pasaje del Nuevo Testamento en el que Jesús se nos presenta como el Hijo del Hombre es

Mateo 8:20: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”. En este pasaje, este título es el del hombre pobre y rechazado. En Hechos —como en el Salmo 8 y en muchos otros pasajes— es su título de supremacía universal. Si, como **Hijo de David**, tiene la autoridad y el poder de realizar la voluntad de Dios para Israel, como **Hijo del Hombre**, tiene la autoridad y el poder de gobernar el mundo entero para el placer de Dios. Lo vemos ahora en el lugar de poder y gloria a la diestra de Dios. Se acerca el día en que todas las criaturas inteligentes del universo pondrán su atención fija en él y tendrán que reconocer su dignidad. Será el día de su manifestación en gloria.

Cuando Cristo es presentado así a los jefes de Israel, la ira de ellos no conoce límites. Desahogándola sobre Esteban, lo apedrean y lo matan, enviándolo así al cielo (Hechos 7:57-58). Su respuesta al mensaje de Esteban y el rechazo al Cristo glorificado, confirman su declaración anterior: “No queremos que éste reine sobre nosotros”.

Esteban, mientras las piedras caen sobre él, manifiesta algo de la belleza de su Señor a quien contempla: “Invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (v. 59-60; compárese con Lucas 23:34, 46). Esto muestra otro aspecto del ministerio

del Espíritu hoy: formar en la vida del creyente una copia moral del Hombre glorificado. Es como si Dios dijera: «El pueblo ha rechazado a mi Cristo, pero en el poder del Espíritu Santo su vida continúa en mis santos». Es el triunfo moral de Dios. En el mundo que crucificó al Señor Jesús, él libra a las personas de la ruina y, atándolas a Cristo, reproduce en ellas la belleza moral de esta preciosa vida, como un testimonio al mundo que lo negó.

El Hijo de Dios

Al llegar a Hechos 9, vemos a Saulo de Tarso convertido por la revelación de Cristo en la gloria.

El carácter del testimonio acerca del Señor Jesús se había desarrollado. Vemos al mismo tiempo una ampliación de la esfera de este testimonio. Ya no está limitado a Jerusalén y Judea. Samaria ha sido evangelizada y el Evangelio ha triunfado allí. En Hechos 8, un etíope recibe el Evangelio. En Hechos 9, un hijo de Israel aprende a conocer a Jesús, y en Hechos 10 será un centurión romano. Toda la raza humana debe ser visitada por el testimonio de Dios.

En la misión que el glorificado Señor confía a Saulo de Tarso en el camino a Damasco, se vislumbra el último de la tierra (véase Hechos 13:47; 22:15; 26:16-17). El alcance de la verdad acerca de nuestro Señor Jesucristo es tal que la esfera de su proclamación debe ampliarse en consecuencia.

Israel no es lo suficientemente grande como para contener este testimonio. Dios quiere que toda la raza humana comprenda que el Hombre a quien han despreciado y ofendido es el Hombre que desea honrar.

Unos días después de ser llamado, Saulo entra a las sinagogas y predica a Jesús, “diciendo que éste era el Hijo de Dios” (9:20). Aquí llegamos a la cumbre del testimonio del Evangelio. Su objetivo final es la presentación del Hijo de Dios. Dios ha sido revelado plenamente en su naturaleza y caracteres, en el Hijo. A través de él, las relaciones divinas y eternas del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así como los afectos que le son propios, han sido plenamente revelados. También se ha dado una respuesta completa a todo lo que ha sucedido, en el sentido de que el Hijo de Dios, vestido para siempre de humanidad, ha entrado en el cielo.

El cielo ahora está abierto a los hombres en la tierra para que puedan entrar por medio del Espíritu, siendo asociados al Hijo de Dios, en todas las riquezas de la verdad divina y las bendiciones que les han sido dadas en Cristo. Pueden hacerlo con inteligencia, disfrutando de su inmenso privilegio y siendo conscientes de la responsabilidad que esto implica.

Conclusión

Nuestra bendición ya sería grandiosa si Dios simplemente hubiera

perdonado nuestros pecados. Pero nos ha llevado, por su perdón, a un océano de bendiciones. También nos invita a conocer su plenitud por el hecho de que estamos ligados a Cristo, a fin de que por el Espíritu se opere aquí abajo la continuación moral de la vida del Hombre que se halla en el cielo. A la luz de esto, vemos que es muy justo decir que nuestra parte como creyentes es la más privilegiada de todos los tiempos. Todas las riquezas de los tesoros de Dios nos han sido traídas ahora, en el poder del Espíritu y en relación con nuestro Señor Jesucristo: **Hijo de David, Hijo del Hombre, Hijo de Dios.**

En Hechos 20, el apóstol indica las características principales de su ministerio: el arrepentimiento y la fe (v. 21), el Evangelio de la gracia de Dios (v. 24), el reino de Dios (v. 25), todo el consejo de Dios (v. 27), la Iglesia del Señor (v. 28). El apóstol de los gentiles —grande en su oficio y ministerio— es visto aquí en el poder práctico de la verdad que ha presentado. Es así que él habla de lo que era entre los creyentes. Él “sirvió al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas” (v. 19). De ninguna cosa hace caso, ni estima preciosa su vida para sí mismo, con tal que acabe su carrera con gozo, y el ministerio que ha recibido (v. 24). Para él el vivir es Cristo (Filipenses 1:21).

No tenemos que pasar por todo lo que el apóstol tuvo que enfrentar.

Pero, ¿cuál ha sido el efecto producido en nosotros por la revelación del Hombre que está a la diestra de Dios, en el poder del Espíritu Santo enviado aquí de su parte? ¡Que Dios nos conceda estar animados en el espíritu y la actitud del apóstol Pablo! Vivir así y enriquecernos de la verdad, moral y doctrinalmente para la gloria de Cristo, para agradar a Dios y servir a los creyentes, solo es posible si mantenemos una comunión sostenida con Cristo en el poder del Espíritu. ¡Que así sea para cada uno de nosotros!

N. Anderson

¿A qué olemos?

“El olor de tu boca sea como de manzanas” (Cantares 7:8).

¿Me permite unas preguntas? ¿Qué llena y mueve su corazón? ¿Qué le preocupa? ¿Vive cerca de su Señor, deleitándose en hablar con él, llenando su corazón con su Persona y su Palabra? ¿O su corazón desea las cosas que el mundo le ofrece? Recuerde, ¡todo lo que ocupa su corazón y sus pensamientos no puede ocultarse!

Si ha comido del “pan del cielo”, si “su fruto es dulce a tu

paladar” como las manzanas, los que le rodean lo notarán. Pero también puede que se sienta como muchos israelitas cuando anhelaban la comida de Egipto. Puede ser que su corazón se complazca con “las cebollas y los ajos” de este mundo y que ponga sus ojos en ellos, a pesar de ser cosas muy contrarias a su Dios y Padre. Entonces no sirve a Dios, sino a la voluntad propia y a los deseos pecaminosos (Juan 6:32; Cantares 2:3; Números 11:5).

Puede comer “cebollas y... ajos” en secreto, pero sus compañeros creyentes lo detectarán por su aliento, por “el olor de tu boca”. Lo mismo ocurre cuando uno se dedica a la Palabra de Dios. Ambos tendrán un efecto y se manifestarán en usted. El Señor, que conoce su corazón mucho mejor y más profundamente que usted mismo, lo ve. Lo que llena su corazón también se hará patente en sus conversaciones con los demás.

¡Esfuércese en poner los ojos en Jesús! Solo él es el alimento adecuado para su corazón. Los demás se darán cuenta de su compromiso con él. Y Jesús mismo percibirá algo de Sí en usted. Lo que haya visto de Él será un alimento para su corazón y formará parte de su ser. Usted no lo notará directamente, pero él lo verá con gran alegría: este fruto en su vida que es de él, con él y para él.

Der Herr ist nahe

Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros... Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados.

Lucas 24:36, 45-47

Que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras.

Tito 3:8

Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios.

Hechos 7:55

El que ahorra sus palabras tiene sabiduría; de espíritu prudente es el hombre entendido.

Proverbios 17:27

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
